

Resumen

Algunos acontecimientos recientes ponen de manifiesto como los esfuerzos para lograr que la arquitectura moderna en España tenga un reconocimiento público están dando resultados positivos. Los medios de comunicación, como sismógrafos de sensibilidades públicas y privadas, vienen publicando noticias acerca de estas arquitecturas. A veces, por la desaparición de señalados edificios; otras, con intencionadas fotografías que enfocan sus estados de ruina y abandono y, también, interesándose por los valores culturales que en estas arquitecturas se reconocen, aunque esto último menos frecuentemente. Valorar hasta qué punto el tema ha ocupado posiciones públicas, aparte de las habituales de críticos e historiadores, y así entender en qué momento estaríamos en ese largo proceso de «crear» este patrimonio arquitectónico.

La incorporación al Plan Nacional de Conservación del Patrimonio Cultural del Siglo XX y el reconocimiento expreso de sus valores, como se ha hecho en recientes leyes sobre el patrimonio autonómicas, indica avances sustanciales en aquella dirección.

Se ponen de manifiesto las diferentes etapas por las que ha pasado la valoración cultural de estos edificios, así como la necesidad de su conservación y transmisión a las generaciones futuras. Se señalan cuatro momentos temporales que se definen como: tiempo de la indiferencia, tiempo de la toma de conciencia, tiempo del reconocimiento y tiempo de la concreción. Es decir, el trayecto que va desde su no consideración como bienes culturales hasta su inclusión en algunos, hasta ahora muy escasos, catálogos y leyes. Esta disección vendría a entender estas tareas como un largo trayecto en que se suceden, sin solución de continuidad, momentos específicos reveladores de cambiantes actitudes culturales y de los esfuerzos desplegados para asegurar su adecuada conservación.

Situados en el tiempo de la concreción, se describen los obstáculos que se opondrían a aquella finalidad y, por lo tanto, cómo superarlos para alcanzar una protección efectiva de estas arquitecturas.

Por último, a partir de sus valores arquitectónicos, tener en consideración todos aquellos otros que coadyuven a un reconocimiento ampliamente consensuado, lo que además supone establecer órdenes de prioridades. Ocupa un lugar destacado la reflexión acerca de la ineludible necesidad de compatibilizar las legislaciones que confluyen en las tareas rehabilitadoras, así como la de contar con una política cultural de formación permanente para todos aquellos que intervienen en estas actividades. Tareas de sensibilización en las diferentes etapas educativas, integración en una política de recursos turísticos y la implementación de políticas imaginativas que atraigan recursos y entusiasmos son labores complementarias por acometer.

Abstract

Recent events have shown that efforts to achieve public recognition of modern architecture in Spain are beginning to pay off. The media, as seismographers of public and private opinion, have published various news items about these architectural legacies. Sometimes they narrate the disappearance of landmark buildings; others are photographic reports intended to document structures in a ruined, abandoned state; and occasionally, though less frequently, we find articles that express an interest in the cultural values of that architecture. The extent to which this topic has been discussed in the public arena, outside the usual circles of critics and historians, helps us to understand where we are in the lengthy process of “creating” architectural heritage.

The incorporation in the National Plan for the Conservation of 20th-Century Cultural Heritage and the express recognition of its value in recent regional heritage legislation indicates that substantial progress has been made in that direction.

It is clear that cultural appreciation of these buildings has gone through several different stages, and that they must be preserved and passed on to future generations. The four main chronological stages are as follows: indifference, growing awareness, recognition, and materialisation. In other words, these stages chart the journey from a time when such structures were not considered cultural assets to their inclusion in heritage inventories and laws, of which there are still all too few. This breakdown in stages allows us to understand the process as a long journey, a sequence of disparate moments and events that reveal a change in attitudes towards culture and efforts to ensure its proper conservation.

We are now in the materialisation stage, when we must identify the obstacles to achieving that goal and how they can be overcome, with a view to providing effective protection for this architectural heritage.

Finally, after assessing its architectural values, we must consider all other values that help to cement a general appreciation and recognition of its merits, which also entails establishing priorities. Two of the most important and pressing items on the agenda are to make the laws governing restoration work more compatible, and to introduce a policy of continuous training for all culture industry agents involved in such activities. Other complementary tasks to be undertaken include raising awareness at different educational levels, integrating heritage in a tourism resource management strategy, and adopting creative policies that will bring in more resources and generate enthusiasm.

Recientemente, han tenido lugar algunos acontecimientos que ponen de manifiesto como los esfuerzos para lograr que la arquitectura moderna en España tenga un reconocimiento público están dando resultados positivos. Los medios de comunicación, como sismógrafos de sensibilidades públicas y privadas, vienen publicando noticias acerca de estas arquitecturas. A veces, por la desaparición de señalados edificios; otras, con intencionadas fotografías que enfocan sus estados de ruina y abandono y, también, interesándose por los valores culturales que en estas arquitecturas se reconocen, aunque esto último menos frecuentemente. Se trata de valorar hasta qué punto el tema ha ocupado posiciones públicas, aparte de las que siempre han adoptado críticos e historiadores, y así entender en qué momento estaríamos en ese largo proceso de «crear» este patrimonio arquitectónico.

Pero además de esta presencia mediática, siempre interesante como reflejo de los ecos que suscitan los hechos, se pueden constatar tendencias sugestivas en diversos territorios de lo institucional. En este sentido, es importante señalar, en primer lugar y como dato significativo, la incorporación al listado de bienes a proteger recogidos en el Plan Nacional de Conservación del Patrimonio Cultural del Siglo XX de 256 edificios afines a estas arquitecturas. Esto supone un reconocimiento «oficial» de sus valores que hasta este momento no existía a nivel estatal. Y es que los planes nacionales se referían a arquitecturas, digamos para entendernos, históricas: catedrales, abadías, monasterios y conventos, arquitectura defensiva, arquitectura tradicional o patrimonio industrial. Es decir, y de un modo gráfico, se puede afirmar que después de aquella decisión una catedral gótica y una central hidroeléctrica, y es solo un ejemplo, son equiparables en valor cultural. Digamos, en consecuencia, que una parte de los esfuerzos de tantos años por hacer reconocer los valores culturales de la arquitectura moderna han cristalizado a nivel institucional. Y aunque, en sentido estricto, su valor arquitectónico no varíe por tal hecho, sí lo hacen, y mucho, las posibilidades de su preservación en el tiempo.

Por otra parte, algunas comunidades autónomas, en recientes modificaciones de sus leyes sobre el patrimonio, vienen a recoger la necesidad de proteger aquellos edificios vinculados a lo «moderno». También, algunas direcciones generales autonómicas producen noticias acerca de la consideración como BIC de emblemáticos edificios de filiación moderna.

En el ámbito más específico de lo académico, se constata un creciente número de tesis doctorales que enfocan sus argumentos con el objetivo de desentrañar su recorrido histórico y desvelar sus valores arquitectónicos. El número de encuentros, seminarios y congresos, de reciente celebración, que centran

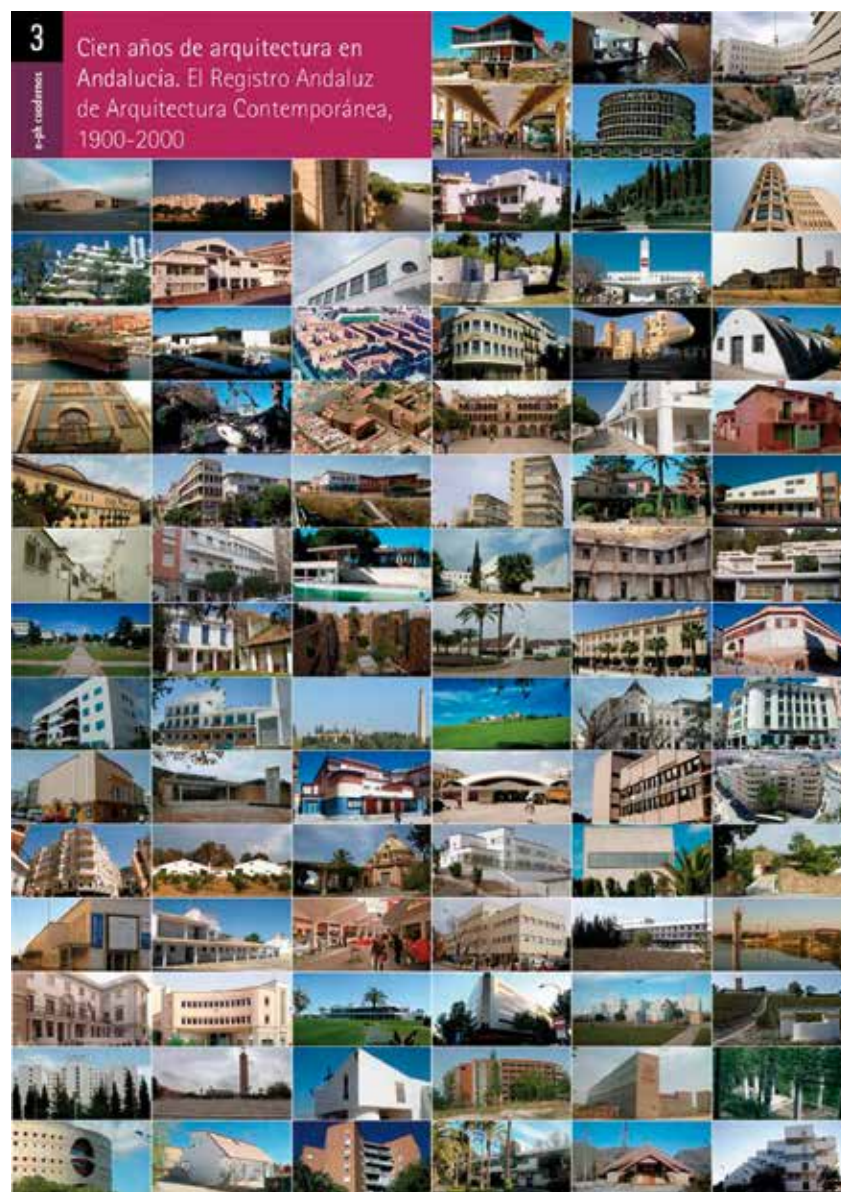
sus reflexiones en la consideración histórica y crítica de estas arquitecturas es cada vez más numeroso.

Hechos aquellos que muestran un panorama bien distinto al que existía hace muy pocos años, en que incluso los libros de texto manifestaban una indiferencia ignorante. Para una mejor comprensión del momento en que nos encontramos, en la construcción de un patrimonio centrado en la arquitectura del Movimiento Moderno en España, podría hacerse una breve secuencia de las etapas por las que esta tarea ha ido discurriendo. Ayudan a reflexionar sobre lo ocurrido y, probablemente, también a elaborar la estrategia adecuada para adoptar las medidas que serán indispensables para su conservación. Con aquella intención podrían distinguirse cuatro tiempos.

Tiempo de la indiferencia, que correspondería a aquellos años en los cuales a estas arquitecturas no se les reconocía, en modo alguno, valor patrimonial. Tiempos en que lo moderno no tenía consideración fuera de los ámbitos de los expertos. A no olvidar algunos esfuerzos notables, como el trabajo patrocinado por el MOPU, bajo la dirección de Carlos Flores, *Catálogo de arquitectura contemporánea en España*, que hundía sus raíces en el libro del mismo autor *Arquitectura española contemporánea* (1961). Años más tarde el MOPU mantenía su empeño con el *Inventario abierto de arquitectura contemporánea en España* (J. Martagón, L. Peñalver, R. Ramon y J. Torres, 1980). En el intermedio, O. Bohigas publica su *Arquitectura española de la Segunda República* (1971) y, poco después, el trabajo de V. Pérez Escolano *50 años de arquitectura en Andalucía* (1986), con el impulso de la Junta de Andalucía, supondría una singular iniciativa autonómica.

Tiempo de la toma de conciencia, en el que aquella generalizada indiferencia hacia estas arquitecturas deja de ser omnipresente, y aparecen iniciativas que muestran una nueva sensibilidad. En 1996, la Fundación DOCOMOMO Ibérico publica un primer registro con los edificios considerados más importantes de estas arquitecturas. Se trata de entender aquella selección como la primera vez que un análisis recopilatorio y crítico se enfoca hacia una estrategia de conservación, en la estela de las tareas de documentación y conservación auspiciadas, desde el año 1988, por DOCOMOMO Internacional. Esta valoración no supone ignorar la labor crítica e histórica que, en el entorno de aquellos años, se realiza desde ámbitos académicos o en editoriales que publican enjundiosos textos o instructivas guías específicas de estas arquitecturas.

Los inmediatos años posteriores serán de progresiva consolidación de la tarea de documentar y divulgar aquel conjunto de edificios que, además, mostrarán



una densidad más potente que la inicialmente supuesta. Se profundiza en el conocimiento pormenorizado en buena parte de los territorios autonómicos y, así, en Andalucía, Canarias, Castilla-La Mancha, Castilla y León, Cataluña, Galicia, Asturias y Valencia se publican registros o estudios específicos que, en algunos casos, descubren espléndidas arquitecturas hasta esos momentos insuficientemente valoradas. Por parte de DOCOMOMO Ibérico se realizan los cuatro registros de la Industria (2005), Vivienda (2009), Equipamientos

I (2010) y Equipamientos II (2011) que alcanzan a concretarse en una selección 1.182 edificios. Con ellos, la labor de catalogación, al margen de puntuales ampliaciones, podría entenderse como razonablemente culminada. Ahora bien, en términos de protección legal los resultados seguían siendo inocuos, al no tener aquellas documentaciones ninguna capacidad legal de protección.

Tiempo del reconocimiento, en el que comenzara a tener lugar la que podría considerarse tarea específica de protección de este patrimonio. En efecto: algunas comunidades autónomas redactan nuevas legislaciones en la que se señalan, ya específicamente, como edificios a proteger los vinculados al patrimonio industrial y la arquitectura del Movimiento Moderno, en algunas de ellas señalando el mismo ámbito temporal que había adoptado DOCOMOMO, es decir, hasta 1965. Y esto cambia las cosas, ya que estas legislaciones articulan una actitud propositiva al otorgar, con una específica intención conservadora, valor cultural a estos edificios, señalándolos como específicos bienes a proteger. La inclusión, ya referida anteriormente, de una selección de 256 edificios en el Plan Nacional de Conservación del Patrimonio Cultural del Siglo XX, incidiendo ahora a nivel estatal en aquella intencionalidad protectora, completa el novedoso panorama.

Sin embargo, y a pesar de lo relatado, aquellos edificios siguen, en buena medida y salvo valiosas excepciones, sin protección legal específica que asegure su futuro.

Puede considerarse que estamos, entonces, en el tiempo de la concreción, el momento de llevar a término lo que aquellas señaladas legislaciones especifican como su objetivo, y es además tarea urgente, pues el derribo de alguno de ellos, aunque ahora fuera más escandaloso, es riesgo que no se evita. El caso de la casa Guzmán de A. de la Sota, o la alarma frente a los lances que acechan la casa Rozes de Coderch o la fábrica de leche Clesa, también de Sota, están ahí para demostrarlo.

La tarea real que ahora corresponde es pasar de unas legislaciones que comienzan a reconocer los valores patrimoniales de los edificios «momo», a una protección real, efectiva, de los mismos. Y esto abre un panorama de circunstancias que conviene tener en cuenta pues, aunque la finalidad está claramente señalada, su culminación no está exenta de alguna dificultad.

Que las administraciones concernidas, ayuntamientos y comunidades autónomas, adopten acuerdos inmediatos que afecten la totalidad de los edificios registrados, aunque deseable, no parece hipótesis esperable. Al menos para



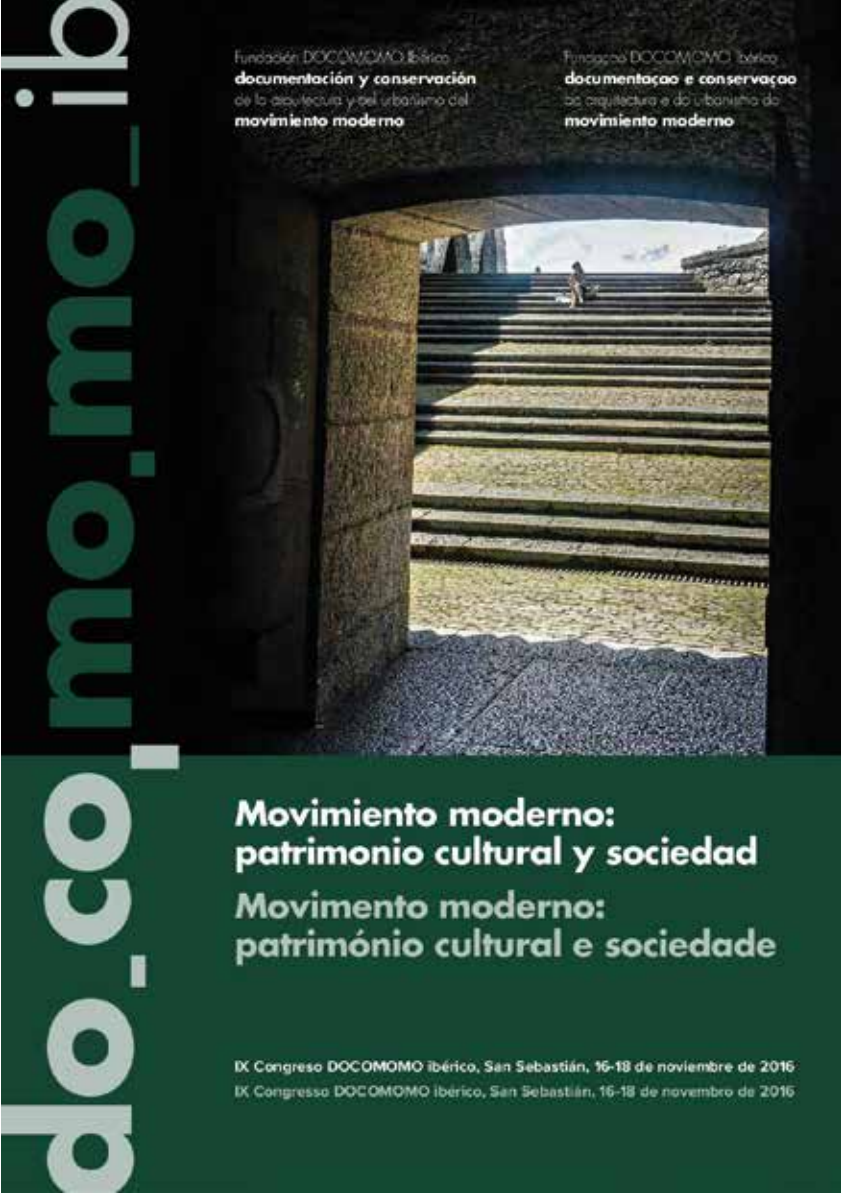
Fundación DOCOMOMO Ibérico, responsable de buena parte de las acciones de reconocimiento de la arquitectura del siglo XX

una buena parte de aquellas, que contemplan estos temas con notable indiferencia. Eso supone, al menos, establecer un orden de prioridades y, por tanto, un análisis comparativo que señale los casos más urgentes: calidad arquitectónica, estado de conservación y sus posibles utilidades en continuidad con la original o una nueva, relaciones con el entorno, valores documentales, amenazas urbanísticas, arraigo en cada comunidad ciudadana, inversiones necesarias, son valores y circunstancias que se deberán tener en cuenta en cada caso.

La valoración arquitectónica, a partir de la cual se deberán desarrollar las restantes, obliga a comparar y decidir un orden de prioridades que desembocará, necesariamente, en alguna clasificación que relacione su importancia. Es obvio que la pertenencia a un mismo registro no determinará nunca, ni de modo automático, la equiparación de sus valores arquitectónicos. Además, y según las circunstancias de cada ayuntamiento o autonomía, el grado de importancia de cada edificio, aun en un supuesto valor arquitectónico similar, puede variar considerablemente.

En la medida en que la conservación efectiva se vaya consolidando, se incrementarán los interrogantes que surgen en torno al cómo llevarla a buen término. Las consideraciones técnicas de su estado de conservación y los medios necesarios para asegurar su utilidad estarán entre las explicaciones necesarias. Se hace preciso llamar la atención acerca de la imprescindible compatibilización entre la permanencia de los valores arquitectónicos originales y las exigencias del CTE. En este sentido, es urgente promover estudios y conclusiones que puedan orientar a todos los profesionales implicados, así como en la definición más precisa de las responsabilidades jurídicas que les afecten. Aspectos que se desenvuelven en el ámbito de la actividad profesional y tienen enorme peso a la hora de determinar los resultados finales. Una política permanente de divulgación de conocimientos técnicos, de análisis de intervenciones ejemplares, es indispensable para lograr consensos acerca de lo que se han de considerar buenas prácticas. Aunque ya hay experiencias muy reveladoras estamos, en cierto modo, en el inicio de esta labor rehabilitadora de lo «moderno», y superarla adecuadamente alejará tanto dificultades objetivas como obstáculos interesados. Apartado específico y de vital importancia es la formación continuada, teórica y técnica, de cuantos especialistas se ven hoy concernidos en la «conservación» del patrimonio arquitectónico moderno.

La labor divulgadora de los méritos de estas arquitecturas debe extenderse a todos los ámbitos de la educación, desde las primeras edades hasta la universitaria, a fin de despertar un sentido de responsabilidad, individual y colectivo,



La revista DOCOMOMO Ibérico, junto a las actas de los congresos bianuales, voz de estrategias e investigaciones de la arquitectura del Movimiento Moderno

comprometido con su conservación. Por otra parte, este patrimonio edificado debe integrarse en los circuitos turísticos en las mismas condiciones de reconocimiento e importancia que se otorgan a otros bienes culturales. En esta dirección el uso de las TIC deberá jugar un papel relevante tanto en su difusión como en facilitar el acceso a los mismos. Y no han de ser secundarias, dada la escasez de recursos públicos, aquellas ideas que propicien que sea el propio

patrimonio quien, dicho coloquialmente, se gane la vida. Compensar aquellas carencias con iniciativas atractivas, que impliquen diversos sectores sociales y económicos, se hace poco menos que indispensable.

| Torre de la barriada de El Carmen desde la calle Rubén Darío. Fondo Gráfico IAPH (Fernando Alda)

